

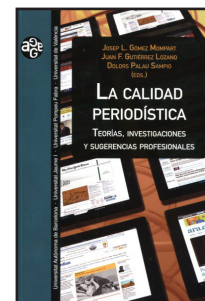
GÓMEZ MOMPART, J. LL.; GUTIÉRREZ LOZANO, J. F.; PALAU SAMPÍO, D. (EDS.).

La calidad periodística. Teorías, investigaciones y sugerencias profesionales. Valencia, Castellón, Bellaterra y Barcelona: Universidad de Valencia, Universidad Jaume I, Universidad Autónoma de Barcelona y Universidad Pompeu Fabra, 2013, 203 pp. Colección Aldea Global, nº 26. ISBN 978-84-370-9005-4

POR MANUEL MARTÍNEZ NICOLÁS

Profesor de la Universidad Rey Juan Carlos

manuel.martinez.nicolas@urjc.es



Cimientos de calidad

Hay motivos para un trabajo como éste, surgido de la constatación de que el periodismo es uno de los varios fustes torcidos de las democracias contemporáneas. El carácter y la gravedad de la torcedura va por barrios (por sistemas mediáticos, dirían Hallin y Mancini), pero la insatisfacción con el desempeño periodístico es generalizada. Los síntomas se agolpan, y con ellos el diagnóstico de los males: mercantilización, *tabloidización*, espectacularización, sensacionalismo, banalización, *infoteni-miento*, polarización ideológica, *financiarización*... El buen periodismo parece ser ya una especie rara, si no extinta, en el ecosistema informativo, devorado a partes iguales por el dinero y la incuria. Contra ese tapiz oscuro quiere proyectar alguna luz esta obra colectiva, editada por Gómez Mompert y sus colaboradores, que reúne once trabajos de 25 investigadores adscritos a una decena de universidades españolas.

Gómez Mompert lleva un buen cuarto de siglo estupefacto ante la deriva del periodismo contemporáneo, y en este tiempo ha venido hilvanando un discurso duro, impugnador, que probablemente comenzara con aquella andanada premonitoria sobre los “predicadores radiofónicos” (1987) y no dejó ya de crecer con sucesivas reflexiones a propósito de la desinformación, la comunicación placebo, el malestar informativo o el periodismo especulativo. Ese discurso crítico, un tanto discontinuo, acabó encontrando un asiento conceptual más estable en la idea de *calidad periodística*, un terreno en el que, además, pueden converger las múltiples miradas críticas que escrutan el ejercicio actual del periodismo. Y ese es precisamente el primero de los aciertos de esta obra: la lucidez de sus editores para convocar y conectar líneas de investigación aparentemente diversas haciendo apuntar la proa de todas ellas hacia el *leitmotiv* de la calidad periodística.

En el ensayo inicial, Gómez Mompert y Palau hacen una exhaustiva revisión del debate teórico sobre el concepto de *calidad periodística* para dar cuenta de la intrincada complejidad de lo que debiera abarcar una evaluación rigurosa de la misma.

Desde luego, los estándares profesionales a los que responden los contenidos informativos (criterios de noticiabilidad, métodos de reportaje, etc.), pero también el carácter de las disposiciones legales que regulan el periodismo (independencia, derechos y libertades, etc.), la estructura del sistema mediático (diversidad, pluralismo), las condiciones de trabajo en las redacciones, los recursos movilizados para la elaboración de la información, los modos de gestión de las empresas periodísticas e incluso las percepciones y juicios (credibilidad, interés, satisfacción) de la audiencia. Dilucidar si estamos o no ante un periodismo de calidad, concluyen los autores (pp. 34-35), requiere, evidentemente, analizar y evaluar los textos informativos, pero también sus contextos de producción y de recepción, y eso complica sobremedida la tarea de traducir esa diversidad de dimensiones a un cuadro de indicadores empíricos mensurables que permitan valorar el grado de calidad que pueda atribuirse al ejercicio del periodismo.

De semejante *impasse* puede salirse, no obstante, por vía del discernimiento; esto es, distinguiendo la noción inclusiva, genérica, de *calidad periodística* de aquella otra referida a uno de sus aspectos particulares o específicos, la de *calidad informativa*, y evaluar así la práctica periodística a partir de los productos (la información hecha y difundida) que resultan de aplicar unos determinados criterios y valores profesionales. Acotado así el terreno, el volumen despliega entonces un conjunto de trabajos cuyas aportaciones más provechosas combinan la propuesta y elaboración de indicadores de calidad informativa con la comprobación de su rendimiento en estudios empíricos diseñados para ponerlos a prueba.

De Miguel y Berganza analizan la información de los diarios españoles de pago y gratuitos de mayor difusión a partir de indicadores morfológicos (longitud del texto, bloque de titulación, despieces, columnas, etc.) y de contenido (número, tipo e identificación de fuentes; estilo del titular –informativo, expresivo, apelativo, etc.) para concluir que la supuesta frontera entre unos y otros “no es tan amplia como cabría esperar” (p. 68). En un exigente análisis longitudinal de las portadas de los diarios

El País y *ABC* entre 1980 y 2010, Casero y López Rabadán evalúan la calidad informativa atendiendo a la gestión de las fuentes informativas, abogando por un “periodismo multiperspectiva” (p. 87) que aminore la dependencia con respecto a las fuentes institucionales. Marín, Santcovsky y Crespo reflexionan sobre la oportunidad de reinención que ofrece a las agencias de noticias el nuevo entorno digital, bien sea para atemperar el exceso de “ruido informativo” (p. 102); bien para asegurar el suministro de información de calidad a las múltiples modestas iniciativas periodísticas presentes en la red; bien, en fin, para establecer una relación directa con la audiencia. Parreño reconstruye a partir de entrevistas en profundidad el discurso de los periodistas sobre sus propias prácticas, que revela una amplia autoconciencia acerca del “declive del campo” y el “descenso de la calidad” (p. 115), atribuida por aquellos a circunstancias coyunturales (crisis económica, precariedad laboral), pero también a condiciones ya estructurales: la adaptación al entorno digital y la “pérdida de valores y de prestigio” de la profesión (p. 114).

El encuentro del periodismo y la red, y el caso particular del periodismo televisivo son debidamente abordados en los restantes trabajos. Pérez Curiel, Méndez Majuelos y Rojas celebran que la red facilite la visibilidad de “aportaciones informativas de carácter amateur” (p. 123), pero exigen que se atengan a los mismos criterios de calidad que deben regir el ejercicio profesional del periodismo de acuerdo con la responsabilidad social que también les corresponde. La relación entre periodistas y ciudadanos centra asimismo el trabajo de Ruiz, Masip, Domingo, Díaz Noci y Micó sobre las normas y prácticas instituidas por los cibermedios para regular el diálogo de la audiencia en sus “salones digitales” (p. 134), un original criterio de calidad periodística del que depende la propia “calidad de la conversación” ciudadana (p. 135) que aquellos deben propiciar.

En cuanto al periodismo en televisión, Israel y Pomares advierten sobre las múltiples derivas recientes que comprometen la calidad de la información televisiva, aquejada como probablemente ningún otro medio por la *espectacularización* (p. 150), el estereotipo (p. 154), lo anecdótico (p. 157) y la falta de diversidad o pluralidad (p. 151). Justamente, el tratamiento del concepto *pluralismo* como indicador de calidad informativa es el objeto de la aportación de Humanes y Montero, un trabajo metodológicamente muy cuidadoso en el que las autoras identifican y definen las diversas dimensiones implicadas (los pluralismos externo e interno y, dentro de este, el pluralismo político, social y cultural), y proponen una batería amplia de indicadores para atenderlas en la investigación empírica sobre los noticieros televisivos.

Mención particular merece la aportación de García Gordillo, Bezunartea y Rodríguez Cruz, en la que las autoras presentan una herramienta (el llamado Valor Agregado Periodístico, VAP) desarrollada por dos universidades latinoamericanas que quisiera funcionar como un instrumento integral, por así decir, para medir la calidad de la información a partir de múltiples indicadores. El VAP, en efecto, maneja un cuadro muy com-

pleto de variables de contenido (criterios de selección informativa, número y tipo de fuentes, estilo periodístico, corrección lingüística, contextualización de los acontecimientos, y muchas otras), pero quizá esté a falta de madurar en ciertos aspectos relevantes. Por ejemplo, algunos de los indicadores propuestos exigirían del analista un juicio subjetivo que se antoja excesivo (¿sobre qué base puede determinarse si un encuadre *–frame–* es más o menos “adecuado al tema” (p. 45), y decidir a partir de ahí sobre la calidad de un texto informativo?). De forma similar, el indicador relativo al grado en que una noticia sea “iniciativa del medio” (p.42) podría conducir, de no ser adecuadamente ponderado, a conclusiones tan comprometedoras como la de considerar que la cobertura *conspirativa* del 11-M por parte de algunos periódicos españoles, realizada a *iniciativa* de esos medios, pueda ser un ejemplo de periodismo de calidad. El VAP tiene, en efecto, un potencial indudable, como muestra también el uso que del mismo hace Rodríguez Cruz en el análisis sobre la cobertura informativa del medio ambiente que cierra el volumen. Pero la conversión de esta herramienta en un instrumento eficaz para medir la calidad informativa exigiría de un refinamiento que parece todavía pendiente, sobre todo si se pretende que funcione como un *índice de calidad* fiable (para lo que habría que determinar la validez estructural, la consistencia interna, etc. de las categorías que incluye).

En definitiva, esta apretadísima síntesis puede dar idea de la diversidad de objetos y planteamientos que contiene una obra que reúne reflexiones teóricas, estudios empíricos y propuestas metodológicas, dándole, en general, un cierto aire de miscelánea sobre la problemática de la calidad periodística. Y como tal, constituye un primer acercamiento a una cuestión compleja que merecería, quizá, un tratamiento más sistemático, siguiendo el modelo de un reciente número especial de la revista *Journalism* (volumen 13, febrero de 2012) en el que se pretende *normalizar* o *estabilizar* el uso de una serie de conceptos (periodismo interpretativo, encuadre estratégico, negatividad, personalización y otros) recurrentes en los estudios sobre la información política. Los autores participantes trabajan sobre cada uno de esos conceptos, discutiendo las diferentes aproximaciones teóricas (definiciones, dimensiones implicadas, etc.), proponiendo indicadores para la operacionalización empírica de los mismos, y evaluando los resultados de la investigación disponible al respecto. El resultado de ese esfuerzo permite *estabilizar* (o *normalizar*) esos conceptos, poniendo a disposición de los investigadores un lenguaje teórico-metodológico común, fundamental para el avance de la investigación científica en cualquier ámbito.

No parece difícil trasladar este modelo de trabajo a los conceptos implicados en el análisis de la calidad periodística, sean de índole morfológica (diseño, tipografía), de contenido (selección informativa, gestión de fuentes, estilo, temas, espectacularización, pluralismo interno), práxicos (normas para la participación en los cibermedios) o contextuales (pluralismo externo). El primer paso en esa dirección ya está dado. Se trata ahora de seguir construyendo sobre los cimientos plantados por Gómez

Mompart y los investigadores a quienes ha convocado para esta obra colectiva.

Referencias

GÓMEZ MOMPART, J. LL. "Los predicadores mass-mediáticos, artífices del nuevo discurso radiofónico en España", *Estudios Semióticos*, 13-14, 1987, pp. 209-223.

HALLIN, D. C.; MANCINI, P. *Sistemas mediáticos comparados. Tres modelos de relación entre los medios de comunicación y la política*. Barcelona: Editorial Hacer, 2008 (publicación original: 2004).